



Sobre Dios

Byung-Chul Han

PENSAR CON
SIMONE WEIL

PAIDÓS

Byung-Chul Han

SOBRE DIOS

Pensar con Simone Weil

Traducción de Lara Cortés

PAIDÓS

Título original: *Sprechen Über Gott*, de Byung-Chul Han

1.ª edición, octubre de 2025

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono

en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Matthes & Seitz Berling Verlag, Berlin, 2025

Todos los derechos reservados a Matthes & Seitz Berlin Verlagsgesellschaft mbH.

© de la traducción, Lara Cortés Fernández, 2025

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2025

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4454-1

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 14.050-2025

Impresión y encuadernación en Rodesa

Impreso en España – *Printed in Spain*



Sumario

Introducción	p. 9
Atención	p. 11
Descreación	p. 37
Vacío	p. 51
Silencio	p. 67
Belleza	p. 79
Dolor	p. 93
Inactividad	p. 103
Notas	p. 117
Sobre el autor	p. 133
Último título del autor	p. 135

La crisis actual de la religión no puede atribuirse sin más al hecho de que ciertos *contenidos* de la fe hayan perdido su validez, de que ya no creamos en Dios o de que la Iglesia haya agotado toda su credibilidad. Más bien habría que explicarla por una serie de *razones estructurales* de las que no somos conscientes, pero que son responsables de la ausencia de Dios. Entre ellas se encuentra el *declive de la atención*. La crisis de la religión también es, por tanto, una crisis de la atención, una crisis de la vista y del oído. *No es Dios quien ha muerto, sino el ser humano al que Dios se revelaba.*

La percepción se ha vuelto extremadamente voraz. Carece de toda dimensión contemplativa. Se pasa el tiempo *comiendo*. Su actitud es el consumo. Hay una expresión que refleja muy acertadamente su voracidad: «atracón de series» (*binge watching*). Aquí, la palabra *binge* se refiere al acto de devorar en exceso. La percepción prácticamente

se *ceba* con basura: basura de información y comunicación, basura de sonidos y de visiones. Nos estamos convirtiendo en ganado consumidor. La percepción se guía cada vez en mayor medida por los estímulos y la adicción. Puesto que solo se centra en *comer*, ya no puede *mirar*. En este sentido, Simone Weil escribe: «[...] mirar y comer son dos cosas diferentes. Hay que optar por la una o por la otra. A ambas se las considera amor. Solo hay alguna esperanza de salvación para quienes consigan permanecer un tiempo mirando en lugar de comiendo».¹ Comer sirve exclusivamente para saciar una necesidad. Mirar es lo único que nos redime de la inmanencia del consumo, desprovista de sentido.

La crisis actual de la atención está ligada al hecho de que queramos comerlo todo, consumirlo todo, en lugar de mirarlo. La percepción voraz no requiere atención alguna. Se traga cuanto se le ofrezca. Solo el alma que *ayuna* puede mirar, contemplar. Durante el ayuno se pone en marcha una *autofagia* en la que el alma consume su parte baja, su parte voraz. Esta *autofagia del alma* es lo único que nos salva y que nos conduce hasta Dios: «La parte eterna del alma se alimenta del hambre. Cuando no comemos, nuestro organismo digiere su propia carne y la transforma en energía. El alma actúa del mismo modo. El alma que no come se digiere a sí misma. La parte eterna digiere la parte mortal y la transforma. El hambre del alma es difícil de soportar, pero no existe ningún otro remedio para la enfermedad: matar de hambre la parte perecedera del alma mientras el cuerpo aún está vivo. Es así como un cuerpo de carne pasa directamente a estar al servicio de Dios».²

El alma que sigue comiendo sin mirar pierde capacidad de contemplación. En lugar de autofagia, desarrolla *adiposis*. Su parte natural y mortal, encargada de comer, crece y engorda. En cambio, su parte divina se atrofia y se contrae. La atención contemplativa es esencial para mirar. Esa atención observa las cosas sin pretender apropiarse de ellas, sin pretender anexionárselas. *Quien sabe mirar se vacía, se convierte en nadie*. Crea dentro de sí un vacío: «La belleza de un paisaje en el momento en que nadie lo ve, absolutamente nadie...».³

De acuerdo con Simone Weil, es la imaginación la que, al servicio del yo, *siempre sueña con comida*. Somete las cosas a las necesidades, los deseos y los intereses del yo. De ese modo, las adereza y las devora. Nos impide verlas tal y como son en realidad. La imaginación como «fuerza de la gravedad» incapacita al alma para ver la *verdadera relación entre las cosas* a la que hay que obedecer. Le impide alzar el vuelo hacia lo trascendente: «Obediencia: hay dos. Se puede obedecer a la gravedad u obedecer a la relación entre las cosas. En el primer caso, uno hace aquello a lo que le empuja la imaginación colmadora de vacíos. [...] Si se suspende el trabajo de la imaginación colmadora y se pone la atención en la relación entre las cosas, surge una necesidad a la que no se puede dejar de obedecer. Hasta entonces, no se tiene ni la noción de la necesidad ni el sentimiento de la obediencia».⁴ La gravedad desgarró el alma en lo más profundo: «Todo cuanto denominamos bajeza constituye una manifestación de la gravedad».⁵ La gravedad domina la parte natural del alma. La *plenitud* de la parte del alma dominada por la gravedad elimina el vacío, que es lo que le permite al alma mirar.

La religión requiere prestar atención a aquellas cosas que escapan a la puesta a disposición, al consumo, al «acto de comer». Precisamente la indisponibilidad es el rasgo esencial de ese interlocutor hacia el que se dirige la atención contemplativa. Profundiza la atención. La atención contemplativa es lo contrario de la vigilancia del cazador. No busca ni caza, sino que escucha atentamente y se demora. La atención del cazador —una atención centrada en objetivos y resultados y guiada por intereses; una atención que merodea y aspira a atrapar rápidamente el objeto buscado— es perjudicial para la experiencia religiosa: «Una mala manera de buscar. Con la atención fija en un problema. Un fenómeno más de horror al vacío. No se quiere ver perdido el trabajo. Obstinación en proseguir la caza. No es preciso querer encontrar».⁶ La atención religiosa es una «mirada», pero no una «búsqueda», no un «apego».⁷ Tal vez por eso cuando rezamos entrecruzamos las manos. Miramos hacia lo abierto, que escapa a cualquier *acceso*; hacia el vacío, que no permite el apego. En el vacío no hay nada para «comer», nada a lo que podamos agarrarnos. Solo alcanzamos el vacío liberador cuando nos desprendemos de todo apego, de toda voluntad.

La digitalización acelera enormemente la puesta a disposición total de la realidad. Nos acostumbra a que todo sea inmediatamente alcanzable, disponible, calculable y consumible. De ese modo, debilita la atención. Ciertas actitudes del espíritu que, como la espera o la paciencia, nos darían acceso a lo indisponible se están desmoronando. La información que se presenta como estímulo fragmenta nuestra atención. La atención profunda

no se guía por estímulos. De hecho, más bien se resiste a ellos e incluso los repele. Se asemeja a una oración: «Con la plenitud de la atención se puede pensar solo en Dios. Y viceversa: solo se puede pensar en Dios con la plenitud de la atención. [...] El mayor éxtasis es la plenitud de la atención».⁸

Hoy en día nos distraemos constantemente. Saltamos, tambaleándonos incluso, de una información a otra, de un estímulo a otro. Esta constante distracción ha bastado para que Dios nos haya abandonado: «Dios es la atención sin distracción».⁹ Si no nos distrajéramos, estaríamos con Dios. Para encontrar a Dios bastaría con que *mirásemos atentamente a todas partes*: «La atención absolutamente pura, la atención que solo es atención, es la atención que se dirige a Dios, porque Él solo está presente mientras hay atención».¹⁰ Lo que genera adicción no necesita atención alguna para desplegar sus efectos. La adicción funciona mejor cuanto menos atención le prestemos. Los estímulos que nos hacen adictos adormecen la atención. La actual *sociedad de la adicción* es una sociedad sin atención. La percepción se guía por la adicción y la dopamina. La adicción y la atención constituyen fuerzas antagónicas. También las redes sociales recurren a los adictivos algoritmos para convertir a las personas en dependientes y, de esa forma, controlarlas y dirigirlas. El *smartphone* es una *máquina digital de adicción*. En último término, incluso los buscadores, que no son sino máquinas de búsqueda, constituyen igualmente máquinas de adicción. Avivan la sed de caza.

El estímulo de la sorpresa alimenta el insaciable anhelo de información. La información cuenta con un

margen de actualidad muy reducido. Derrama a toda prisa su estímulo y se desvanece. Así pues, no podemos demorarnos en ella. Su margen de actualidad, extremadamente corto, fragmenta la atención: «La atención requiere una duración; por eso no podemos mantenernos atentos frente a lo que cambia».¹¹ La atención profunda, contemplativa, se dirige hacia lo duradero, hacia lo que permanece y perdura. Lo verdadero es lo duradero. Y el dominio de la información lo destruye, ya que nos arrastra a un permanente torbellino de actualidad. Quien no es capaz de mantener una atención contemplativa, de mirar, no puede acceder a la verdad, al verdadero y duradero orden de las cosas.

Cuanto más indisponible se encuentra el interlocutor, más paciente, más expectante y más suplicante se vuelve la atención que dirigimos hacia él. La atención (*attention*) y la espera (*attendre*) se condicionan mutuamente. La atención profunda, como oración que es, se nutre del deseo, pero de un deseo que carece de un objeto disponible. El interlocutor al que se dirige la oración en tanto que atención profunda no nos convierte en adictos. En lugar de imponérsenos, se repliega en una ausencia, en una indisponibilidad. *Dios brilla por su ausencia*: «Dios solo puede estar presente en la creación en forma de ausencia».¹² La ausencia es «el modo de la presencia divina».¹³ La oración se basa en una atención especial, en un «anhelo», que es «tenso», «pero no orientado hacia los objetivos».¹⁴ Oramos, pero sin perseguir un fin concreto. *Nos abrimos a Dios*. La oración más elevada, la más hermosa, es la que *carece de deseos*, la que constituye una *escucha del silencio divino*.

El *pudor* es una actitud del espíritu que nos permite acceder a lo indisponible. Heidegger habla de la «lentitud del pudor titubeante ante lo irrealizable». ¹⁵ El pudor se dirige hacia lo indisponible: «El pudor es el pensamiento contenido, pacientemente inclinado y autocumplido que se dirige hacia aquello que se encuentra cerca, en una cercanía que se dedica exclusivamente a mantener [...] lejos una lejanía en su plenitud». ¹⁶ El pudor es una atención que se demora en la lejanía, en lugar de querer apropiarse de ella. «Solo se despierta allí donde aparece una lejanía». Cuando, como ocurre en la actualidad, todo tiene que ser inmediatamente alcanzable, disponible, desaparece la lejanía. El pudor se aparta ante el poder de disposición. La cercanía se diferencia de la ausencia de distancia en el hecho de que entraña lejanía. Nos acercamos a lo indisponible al *retroceder* ante él por pudor. Simone Weil escribe: «Retroceder ante el objeto que se persigue. Solamente lo indirecto resulta eficaz. [...] Al tirar del racimo caen las uvas al suelo». ¹⁷

Una característica fundamental del bien es que no interrumpe la atención entendida como oración: «No hay otro criterio perfecto para el bien y para el mal que no sea el de la oración interior ininterrumpida. Está permitido todo aquello que no la interrumpa, y está prohibido todo aquello que lo haga». ¹⁸ El bien es indirecto, discreto, incluso *pudoroso*, mientras que el mal es invasivo. Así pues, si dejamos de prestar atención al bien, es posible que acabemos apartándonos de él. En cambio, si le dedicamos la suficiente atención, nos cautivará. El mal se comporta al revés: nos seduce, nos vuelve adictos. Solo la atención puede protegernos de él. Es un estímulo que sabe sortear

la atención: «El mal [...] nos atrapa cuando no le prestamos nuestra atención».¹⁹

El mal se comporta como un virus que, sin que nos demos cuenta, se cuela en nuestra alma y se multiplica. Se expande a través de una infección viral que sabe cómo sortear nuestra atención. Esa infección también ha conquistado la comunicación digital. Los memes son virus que se expanden por las redes sociales. El alma humana les sirve prácticamente de huésped para su propagación. Solo una mayor atención permite organizar una defensa inmunitaria frente a la infección viral.

El bien une y reconcilia, mientras que el mal divide y disgrega. El mal es *multiforme*. El bien, en cambio, se basa en *la única verdad*. El bien se encuentra principalmente en el no hacer contemplativo, en la inactividad. Por el contrario, el mal se manifiesta como acción ciega: «El bien es esencialmente diferente del mal. El mal es múltiple y fragmentario, el bien es uno; el mal es aparente, el bien es misterioso; el mal se basa en acciones, el bien, en una no acción, en una acción inoperante».²⁰

Simone Weil considera que el mal o la violencia se explican por una deficiente atención y que la atención es, en cierto modo, un filtro que permite separar el bien del mal. Por tanto, si fuésemos capaces de prestar más atención —una atención semejante a la oración—, habría menos violencia en el mundo. De acuerdo con esta *ética de la atención* de Simone Weil, quince minutos de atención tienen más peso que las buenas acciones: «Hay algo en nuestra alma que rechaza la verdadera atención mucho más violentamente de lo que la carne rechaza el cansancio. Ese algo está mucho más próximo del mal

que la carne. Por eso, cuantas veces se presta verdadera atención, se destruye algo del mal que hay en uno mismo. Si la atención se enfoca en ese sentido, un cuarto de hora de atención es tan valioso como muchas buenas obras». ²¹

Bajo la presión de la actividad y el rendimiento olvidamos la mirada contemplativa y la escucha, que serían una no acción, una *inactividad*: «Atención: acción inoperante de la parte divina del alma». ²² La atención contemplativa es inoperante —esto es, inactiva— en la medida en que carece de voluntad. Sin embargo, entregamos esta parte divina del alma en beneficio de la otra parte inferior y natural, que se guía por la voluntad. Pero un acto de voluntad no alcanza la presencia de Dios. La atención es «un esfuerzo negativo». ²³ A diferencia del esfuerzo de la voluntad, que desea apresar activamente los objetos, la atención es pasiva y paciente. Lo que la caracteriza es la inactividad: «Hay para cada ejercicio escolar una manera específica de alcanzar la verdad mediante el deseo de alcanzarla y sin necesidad de *buscarla*. Hay una manera de prestar atención a los datos de un problema de geometría sin *buscar* su solución, a las palabras de un texto latino o griego sin *buscar* su sentido; hay una manera de *esperar*, cuando se escribe, a que la palabra justa venga *por sí misma* a colocarse bajo la pluma, rechazando simplemente las palabras inadecuadas». ²⁴

Hoy en día somos adictos a la búsqueda. El alma misma se convierte en un buscador. De ese modo pierde toda serenidad, todo silencio. Se queda sin la atención contemplativa como esfuerzo negativo que *espera*, en lugar de *buscar activamente*. Simone Weil atribuye la carencia de presencia de ánimo a «la pretensión de ser *activo*, de

querer *buscar*».²⁵ Sin duda, en este punto coincidiría con Kafka: «Quien busca no encuentra, pero quien no busca es encontrado».²⁶ Quien busca no alcanza la gracia. Es Dios quien busca al ser humano. La búsqueda por parte del ser humano solo conduce al agotamiento. Simone Weil cita un himno medieval sobre el Juicio Final: «*Quaerens me sedisti lassus*» («buscándome, tuviste que sentarte, agotado»)²⁷ La virtud cristiana no es una búsqueda, una acción, sino una espera y una mirada: «En ningún pasaje del Evangelio se habla de búsquedas emprendidas por el hombre. El hombre no da un paso [...]. El papel de la futura esposa es esperar».²⁸ Lo valioso viene a nosotros sin que tengamos que hacer ningún esfuerzo intencionado. La atención no se dirige a la búsqueda: «Los bienes máspreciados no deben ser buscados, sino esperados. Pues el hombre no puede encontrarlos por sus propias fuerzas y, si se pone en su búsqueda, solo encontrará en su lugar falsos bienes, cuya falsedad no sabrá discernir».²⁹

La parte divina y sobrenatural del alma mira y escucha en la pasividad de la obediencia. Obedecer, entendido como el acto de oír atentamente, es lo contrario a un acto de la voluntad: «El esfuerzo por el que el alma se salva se asemeja al esfuerzo por el que se mira, por el que se escucha. [...] Es un acto de atención y de consentimiento. Por el contrario, lo que suele llamarse voluntad es algo análogo al esfuerzo muscular. La voluntad corresponde al nivel de la parte natural del alma. [...] Y en los actos de obediencia a Dios se es pasivo; [...] hay solamente espera, atención, silencio, inmovilidad a través del sufrimiento y la alegría».³⁰

La voluntad «no opera en el alma ningún bien».³¹ Solo

la atención paciente promete salvación: «La actitud que lleva a la salvación no se parece a ninguna actividad. Viene expresada por la palabra griega *hypomone*, que *patientia* traduce bastante mal. Es la espera, la inmovilidad atenta y fiel que se prolonga indefinidamente y a la que ningún impacto puede hacer estremecer».³² La búsqueda activa es «perjudicial». Conduce «al error».³³ La búsqueda se opone a la gracia. Solo quien espera fervorosamente recibe esa gracia.

El acto más elevado acontece sin que medie un esfuerzo de la voluntad. Se asemeja a una inactividad: «En un cuento de Grimm se celebra un concurso de fuerza entre un gigante y un sastrecillo. El gigante lanza una piedra a una altura tal que tarda mucho tiempo en caer. El sastrecillo suelta un pájaro que no cae. Lo que no tiene alas acaba siempre por caer».³⁴ Quien solo sabe esforzarse con su voluntad o con sus músculos queda expuesto a la fuerza de la gravedad. Se agota y cae al suelo. Solo la gracia nos aporta alas. Es la inactividad lo que *da alas* al alma. El esfuerzo de la voluntad por sí solo no nos permite alzarnos hasta el cielo: «La dirección vertical nos está prohibida. Pero si miramos largamente al cielo, Dios desciende y nos toma fácilmente».³⁵ Simone Weil retoma unas palabras de Esquilo: «Lo divino es ajeno al esfuerzo».³⁶ La inactividad no es más que la ausencia de esfuerzo. Quien permanece *inactivo* se acerca a lo divino.

Solo la lectura atenta nos ofrece, frente a la gravedad, un acceso a esferas superiores del ser. Sin una profunda atención *no podemos leer a Dios*. Así pues, la experiencia de Dios es una *cuestión de lecturas*: «Lecturas superpuestas: leer por detrás de lo sensacional la necesidad, leer por

detrás de la necesidad el orden, leer por detrás del orden a Dios». ³⁷ Para leer, no necesitamos especialmente las informaciones en tanto que estímulos. De hecho, precisamente por ser estímulos nos importunan de manera directa. Lo que sí requiere la lectura, en cambio, es atención.

De hecho, la religión remite a la atención incluso desde el punto de vista etimológico: el vocablo *religio* procede de *relegere* ('releer'), que alude a «la actitud de escrúpulo y de atención que debe imprimirse a las relaciones con los dioses». ³⁸ Quien no está atento es incapaz de tejer una relación con los dioses. En nuestros días, la atención ha sido arrasada por completo. Por tanto, tampoco podemos *leer atentamente*. Y debido a esta falta de capacidad lectora nos alejamos de Dios. Sin una atención profunda, la lectura se somete a la gravedad, que nos impide ver el verdadero orden de las cosas: «Lecturas. La lectura —con la excepción de una atención de cierta calidad— obedece a la gravedad». ³⁹

La atención alcanza su máxima pureza en la oración: «La atención absolutamente pura y sin mezcla es oración». ⁴⁰ La atención, de hecho, constituye la esencia de la oración. La calidad del rezo depende de la intensidad de la atención: «Solo la parte más elevada de la atención entra en contacto con Dios, cuando la oración es lo bastante intensa y pura como para que el contacto se establezca». ⁴¹ Sin embargo, hoy en día nuestra atención está tan embotada y es tan plana que carece de la elevación necesaria para contactar con Dios. Le falta la *verticalidad*. Nuestra atención está absorta en el consumo de estímulos. Por eso se vuelve *llana*, carente de toda profundidad, de toda elevación. Hemos perdido la capacidad de la atención

religiosa, de la oración: «La plenitud de la atención no se da más que en la atención religiosa». ⁴² Todos los tipos de atención profana son «formas degradadas de la atención religiosa». ⁴³

Para Simone Weil, en última instancia se trata de contemplar cualquier actividad humana como un proceso espiritual. Más allá de la inmanencia del trabajo y la producción, esa actividad se eleva hasta convertirse en una parábola, en una *imagen* de la trascendencia. De ese modo, hasta un ejercicio de geometría puede adquirir una dimensión espiritual. *La atención es espiritualidad*: «La solución de un problema de geometría no es en sí misma un fin valioso, pero también se le aplica la misma ley, pues es la imagen de un bien que sí lo es. Siendo un pequeño fragmento de verdad particular, es una imagen pura de la Verdad única, eterna y viva». ⁴⁴

La atención también presenta una dimensión social. Por eso su declive tiene graves consecuencias para las relaciones interpersonales. Tanto la empatía como el respeto se basan en la *atención al otro*. La sociedad se embrutece cuando pierde esa atención al otro. La carencia de este tipo de atención genera también un incremento de la violencia.

Solo es posible prestar atención plena al otro cuando el alma se encuentra vacía, una vez liberada de esa imaginación que aspira permanentemente a apropiarse del prójimo. La imaginación y el vacío son fuerzas antagónicas. El vacío es la posada que recibe al otro tal y como es, en su otredad y sin injerencia ni mezcla del yo: «Para ello es suficiente, pero indispensable, saber dirigirle [al prójimo] una cierta mirada. Esta mirada es, ante todo,

atenta; una mirada en la que el alma se vacía de todo contenido propio para recibir al ser al que está mirando tal cual es, en toda su verdad. Solo es capaz de ello quien es capaz de atención».⁴⁵

Según Simone Weil, la mirada posee una importancia enorme: «Una de las verdades capitales del cristianismo, hoy olvidada, es que lo que salva es la mirada».⁴⁶ Alude a la «serpiente de bronce»⁴⁷ de Moisés, cuya mirada salva a quien es mirado: «La serpiente de bronce ha sido elevada a fin de que los hombres que yacen mutilados en el fondo de la degradación la miren y se salven».⁴⁸ Simone Weil reduce la religión a la mirada: «Pero también debería reconocerse pública y oficialmente que la religión consiste tan solo en una mirada [*un regard*]».⁴⁹ La mirada se amplía hasta convertirse en una forma de expresión de la atención. Así, la autora habla también de la mirada del alma: «El amor es la *mirada del alma*».⁵⁰ El amor se basa en la mirada como atención del alma. Igualmente hermosa es la formulación «mirada del pensamiento».⁵¹ *Solo un pensamiento atento puede tener una mirada. El pensamiento sin mirada se asemeja a la inteligencia, al cálculo, que no produce nada nuevo. En cambio, el pensamiento con mirada produce algo que hasta ese momento concreto no existía.*

La mirada atenta, que salva, se opone a la mirada sartriana, que me reduce a un objeto y que me evalúa, me juzga e incluso me condena. La mirada de Sartre es una mirada *natural*, en la medida en que está dominada por la economía del poder. Despierta un sentimiento de vergüenza en la persona mirada. La vergüenza es «*reconocimiento* de que efectivamente *soy* ese objeto que otro mira y juzga».⁵² La mirada del otro se apodera de la

mía y me aleja de mí mismo. Me constituye como objeto. La vergüenza expresa esa *culpa ontológica* de *no ser el fondo de mi ser*. De *no ser dueño de mi ser*. Indica que he sido *arrojado* al mundo o que he *caído* en él, que he sido *entregado* a la mirada del otro, que me desnuda y me humilla. «La vergüenza es el sentimiento de la *caída original*, no de haber cometido una determinada falta, sino, simplemente, de estar “caído” en el mundo [...]. Por eso el símbolo bíblico de la caída, después del pecado original, es que Adán y Eva “saben que están desnudos”»,⁵³ Solo la mirada del otro hace que me percate de mi desnudez. La vergüenza implica la mirada del otro que desnuda, que me cosifica hasta convertirme en un objeto.

La mirada atenta no es una mirada natural, sino una mirada sobrenatural. Trasciende la economía del poder. Se trata de una *mirada amorosa, amigable*. Quien presta atención al otro se contiene. La mirada atenta no me aleja de mi ser. Más bien vela por que me reencuentre conmigo mismo. Me ayuda a *ser*, en lugar de apoderarse de mi mirada. La mirada atenta del otro, en tanto que mirada sobrenatural, es una *mirada salvadora*, que ni me juzga ni me condena. No señala la caída original, sino la gracia, que me *redime* y me *eleva*, en lugar de dejarme *caer*.

Simone Weil constata de manera lapidaria que «el espíritu es atención».⁵⁴ El espíritu es creador. Cuando es atención, no se dedica a lo que ya existe. Al contrario: a través de la atención, produce lo que *nunca antes ha existido*, lo *completamente distinto*. En cambio, la inteligencia carece de esa atención creadora: «La inteligencia nada tiene que buscar: tiene que limpiar el terreno. Tan solo es útil para las tareas serviles».⁵⁵ Lo máximo que puede

hacer la inteligencia es despejar los problemas, como se despejaría un terreno, pero pensar supone algo más que resolver problemas. La atención de la que se suele hablar en el ámbito de la investigación sobre la inteligencia artificial no va más allá de la mera resolución de problemas. Se limita a realizar un procesamiento algorítmico de datos que se reducen a lo *ya dado y existente*. La inteligencia artificial *carece de espíritu*. Le falta la *atención creadora*. Debido a esa ausencia de espíritu, únicamente puede *trabajar* o *calcular*. Solo es útil *en tanto en cuanto el espíritu no se someta a ella*. De lo contrario, nos convertiremos, una vez más, en esclavos de nuestras propias producciones.

Toda capacidad creadora del ser humano tiene su origen en la atención profunda: «La atención extrema es lo que constituye la facultad creadora del hombre, y no existe más atención extrema que la religiosa. La magnitud del genio de una época es rigurosamente proporcional a la magnitud de atención extrema, es decir, de religión auténtica, en dicha época».⁵⁶ Por consiguiente, esta carencia de atención explica por sí sola que nuestro presente sea tan pobre en genialidad creadora. La genialidad creadora y la religiosidad hunden sus raíces comunes en la atención profunda, contemplativa. Por eso, la crisis de la religión provoca una falta de genialidad.

Solo la atención es capaz de producir algo completamente nuevo: «La invención, precisamente. Una idea es nueva cuando se nos ocurre mientras mantenemos la atención dirigida hacia la verdad inaccesible».⁵⁷ Toda inspiración genial se debe a la atención profunda. Todo espíritu creador es un *genio de la atención*. Simone Weil concibe la atención como un *anhelo suplicante*: «En

cada espíritu creador (de un poeta, un compositor, un matemático, un físico, etc.) la fuente desconocida de la inspiración es ese bien hacia el que se dirige un anhelo suplicante. Todos saben, por su experiencia constante, que reciben la inspiración».⁵⁸ En este sentido, Simone Weil es totalmente platónica. Esa verdad inaccesible, ese bien al que aspira un anhelo suplicante, remite a la *idea de la belleza* en Platón, autor que no diferencia lo bello de lo bueno. La visión de lo bello empuja al alma a producir por sí misma algo bello. El acto de *engendrar en la belleza* depende de una atención productora. El Eros como deseo, como anhelo suplicante, despierta en el alma una fuerza capaz de engendrar. Los «hijos inmortales» engendrados por Eros son «obras». Tanto los poemas como las acciones políticas bellas son obras de Eros. La *política de la belleza* es aquella que, en lugar de guiarse por el poder, se deja llevar por el Eros. Y mantiene su atención fija en ese *bien*.

Simone Weil ilustra con un cuento el concepto de la atención productora: «Un cuento esquimal explica así el origen de la luz: “El cuervo, que en la noche eterna no podía encontrar alimento, deseó la luz y la tierra se iluminó”. Si hay verdadero deseo, si el objeto del deseo es realmente la luz, el deseo de luz produce luz. Hay verdadero deseo cuando hay esfuerzo de atención».⁵⁹

El deseo es Eros. Hoy en día vivimos en un *tiempo sin Eros*. El deseo cede ante la necesidad. A diferencia del deseo, la necesidad no requiere una atención profunda. *Sin embargo, el espíritu es deseo.* Así pues, la época de la necesidad es una *época sin espíritu*.

La atención es, en palabras de Simone Weil, la «palanca en el alma»⁶⁰ que la eleva a una esfera superior del

ser. A partir de ahí, la autora se pregunta cuál puede ser la «palanca en la sociedad»: «¿Qué relación existe entre lo sobrenatural y la sociedad? Se podría decir tal vez que la palanca en la sociedad es la religión [...]. Pero ¿en qué sentido? La “palanca” en la sociedad es lo bello, las ceremonias, etc.; la religión, por tanto».⁶¹ Sin religión que nos eleve hacia lo trascendente, la vida queda reducida a mera supervivencia: se desacraliza hasta no ser más que una vida simple, desnuda. La inmanencia de la producción, el consumo y la comunicación despoja a la vida de toda *sacralidad*. Lo interesante es que Simone Weil subraya de manera particular la importancia de las ceremonias, esas prácticas festivas, religiosas, que aportan belleza, magia y misterio a la vida. Son *ejercicios espirituales de atención*. *Elevan y espiritualizan la vida*. Sin magia y sin misterio, sin lo *sobrenatural*, la vida deja de ser vida. La máxima belleza, la que permite que la vida sea algo más que mera supervivencia, es una belleza *religiosa*.

Precisamente por la falta de atención hoy en día hay tan pocos pensadores y poetas en el mundo. El pensamiento exige una atención profunda. Heidegger lo concibe desde la perspectiva del Eros. El *Eros como anhelo, como deseo*, es atención profunda. Gracias al Eros, el pensamiento se mantiene tenazmente en la senda de lo aún no pensado, de lo aún no transitado: «Lo llamo el Eros, el más antiguo de los dioses en palabras de Parménides. El batir de las alas de ese dios me conmueve cada vez que doy un paso esencial en el pensamiento y me aventuro en lo intransitado».⁶² El pensamiento es un tránsito, una pasarela hacia *otro lugar*. Por tanto, permanece en el *umbral*. Lo que lo define es la *conciencia del umbral*, el *estado del umbral*

como espera. Sin atención, *sin espera y paciencia*, no es posible un pensamiento como *punto de partida hacia lo completamente distinto*. Las siguientes palabras de Simone Weil también podría haberlas pronunciado el propio Heidegger: «La espera es la pasividad operante del pensamiento».⁶³ El pensamiento se caracteriza por una tensión paradójica. Se trata de una *inactividad actuante*, de una *pasividad activa*. Quien se limita a ser activo y operativo es incapaz de pensar. La actividad pura es precisamente el *modo de trabajo de la inteligencia calculadora*.

Hoy no tenemos paciencia ni tiempo para pensar: «El tránsito hacia lo trascendente se produce cuando las facultades humanas —inteligencia, voluntad, amor humano— se topan con un límite y el ser humano permanece en ese umbral, que no puede traspasar y del que tampoco se aparta, sin saber lo que desea, tenso en la espera».⁶⁴ Simone Weil califica de humildad la *permanencia paciente en el umbral*: «La humildad es espera».⁶⁵ La verdadera atención requiere una actitud humilde. No es casualidad que Heidegger conciba el pensamiento desde la perspectiva de la gratitud: «Aprended primero a agradecer y así podréis pensar».⁶⁶ Pensar es agradecer. Todo genio debe su inspiración a la humildad, a la espera paciente. El pensamiento es una recepción que da las gracias con humildad. En este sentido, Simone Weil observa: «El genio es el poder sobrenatural de la humildad en el ámbito del pensamiento».⁶⁷

En Sócrates, el pensamiento posee la intensidad de la oración. En el *Banquete*, se recoge una célebre anécdota sobre este filósofo que demuestra hasta dónde podía llegar su atención sobrenatural, divina, incluso. En este

sentido, Sócrates constituye el prototipo del genio de la atención. Para pensar, se colocaba *en posición de rezo*: «En efecto, habiéndose concentrado en algo, permaneció de pie en el mismo lugar desde la aurora meditándolo, y puesto que no le encontraba la solución no desistía, sino que continuaba de pie investigando. Era ya mediodía y los hombres se habían percatado y, asombrados, se decían unos a otros: “Sócrates está de pie desde el amanecer meditando algo”. Finalmente, cuando llegó la tarde, unos jonios, después de cenar —y como era entonces verano—, sacaron fuera sus petates, y a la vez que dormían al fresco le observaban por ver si también durante la noche seguía estando de pie. Y estuvo de pie hasta que llegó la aurora y salió el sol. Luego, tras hacer su plegaria al sol, dejó el lugar y se fue».⁶⁸

Paul Celan concibe la poesía desde la perspectiva de la *atención al otro*. Así, el poema es una oración que se dirige hacia ese otro: «“La atención —permítanme seguir el ejemplo de Walter Benjamin en su ensayo sobre Kafka y citar aquí unas palabras de Malebranche—, la atención es la oración natural del alma”. El poema se convierte [...] en el poema de alguien que —todavía— está percibiendo, que se vuelve hacia lo que está apareciendo e interroga a esa aparición, le dirige la palabra; se convierte en un diálogo [...]. Se requiere, ante todo, el espacio de este diálogo para que se constituya aquello a lo que la palabra se dirige y que se va reuniendo en torno al yo a medida que este habla y nombra. No obstante, en el presente que se abre con este acto, aquello que la palabra nombra y que, en ese momento, por decirlo así, se transforma en un tú aporta también su ser diferente. Todavía ahí, en el

aquí y el ahora del poema [...], todavía en esa inmediatez y cercanía con respecto a sí mismo, el poema permite también que hable lo más irreductible que el otro posee: su tiempo». ⁶⁹ El poema saca a colación el *tiempo del otro*, el *tú*, interrumpiendo el *tiempo del yo*. Celan desarrolla aquí una *poética de la atención*. El poema es un diálogo. Se basa en la *atención al otro*.

También para Emmanuel Lévinas la atención supone un «excedente de conciencia que supone la llamada del Otro». ⁷⁰ El otro exige atención. El pensamiento de Lévinas es una *ética del otro* como *ética de la atención*. Sin atención nos volvemos sordos a la *llamada del otro*. Solo en la atención hacia el otro «el yo se trasciende». ⁷¹

La caridad también requiere de la atención creadora, porque hace visible lo invisible, proporciona existencia a la inexistencia: «La caridad para con el prójimo, al estar constituida por la atención creadora, es análoga al genio. La atención creadora consiste en prestar atención a algo que no existe. La humanidad no existe en la carne anónima e inerte al borde del camino. El samaritano que se detiene y mira presta sin embargo atención a esa humanidad ausente y los actos que se suceden a continuación dan testimonio de que se trata de una atención real». ⁷² También la fe está constituida por la atención creadora, en tanto en cuanto nos capacita para *ver lo invisible*. En ese sentido se asemeja al amor: «La fe, dice san Pablo, es la visión de cosas invisibles. En ese momento de atención, la fe está tan presente como el amor. [...] El amor ve lo invisible». ⁷³

La atención al otro es *sobrenatural* en la medida en que se opone a la gravedad, a la economía del poder, que

busca maximizar el yo. Requiere la retirada de uno mismo. También es sobrenatural la *amabilidad* (*gentillesse*) *sin un propósito*, la *sonrisa sin un propósito*. El poder como expansión de uno mismo destruye la atención entendida como atención al otro. Quien presta atención al otro consiente el *vacío*, la *renuncia a sí mismo*. La *energía para el otro* es sobrenatural: «Cristo nos enseñó que el amor sobrenatural al prójimo es el intercambio de compasión y gratitud que se produce como un relámpago entre dos seres, uno de los cuales posee la condición de persona humana mientras que el otro está privado de ella. [...] Solo uno se detiene y le presta atención. [...] Esta atención es creadora, pero, en el momento en que se activa, es renuncia. Al menos, si la atención es pura. El hombre acepta una merma *concentrándose para un gasto de energía que no aumentará su poder*».⁷⁴

En una carta a Joë Bousquet escribe Simone Weil: «La atención es la forma más rara y más pura de la generosidad [*générosité*])».⁷⁵ La atención se concede como un *regalo*, un *don puro*, que no exige retribución ni contrapartida. Posee *rasgos asimétricos*. En cambio, la economía, como simetría que es, nos roba la generosidad. La atención al otro es el *ethos por antonomasia*. La ética de Weil es una ética de la atención. Y contrapone a la política —cuyo medio es el poder— una *política de la atención*. Por eso la autora aboga por una abolición general de los partidos, dado que el único objetivo que persiguen es «su propio crecimiento».⁷⁶ Los partidos son «organizaciones [...] constituidas de tal manera que matan en las almas el sentido de la verdad y de la justicia».⁷⁷ El poder bloquea la atención hacia la verdad y la justicia. La *política de la atención* depo-

sita su confianza en su energía productora: «Pero ¿cómo desear la verdad sin saber nada de ella? He ahí el mayor misterio de todos los misterios. Las palabras que expresan una perfección inconcebible para el ser humano —*DIOS, verdad, justicia*—, cuando las pronunciamos con deseo en nuestro interior, sin asociarlas a ninguna concepción, poseen el poder de elevar el alma y de inundarla de luz. Para recibir esa luz hay que desear la verdad en su vacío, sin intentar adivinar de antemano su contenido. En eso consiste todo el mecanismo de la atención».⁷⁸

Simone Weil amplía el concepto de atención hasta convertirlo en una capacidad, en una energía espiritual que puede trasladarse de un área a otras. La atención *produce la luz que permite ver*. Mejora la capacidad de lectura y agudiza el espíritu: «Aunque los esfuerzos de atención fuesen durante años aparentemente estériles, un día, una luz exactamente proporcional a esos esfuerzos inundará el alma. Cada esfuerzo añade un poco más de oro a un tesoro que nada en el mundo puede sustraer. Los esfuerzos inútiles realizados por el cura de Ars durante largos y dolorosos años para aprender latín aportaron sus frutos en el discernimiento maravilloso que le permitía percibir el alma misma de los penitentes detrás de sus palabras e incluso detrás de su silencio».⁷⁹

La atención alcanza su cenit en el momento en el que abandona cualquier voluntad, cualquier propósito, y se queda *sin yo*. El *yo se vacía* hasta convertirse en un *nadie*, en un mero medio. Quien mira no es *yo*, sino *nadie*: «La atención se halla ligada al deseo. No a la voluntad, sino al deseo. [...] En una empresa así, todo lo que yo denomino “yo” debe ser pasivo. De mí solo se requiere

la atención, esa atención que es tan plena que hace que el “yo” desaparezca. Privar de la luz de la atención a todo aquello que yo denomino “yo”, y dirigirla a lo inconcebible». ⁸⁰

Para multiplicarse, el capital intenta que todo se incorpore a su circuito. Incluso la espiritualidad, que en realidad podría ser una fuerza opuesta a él, se convierte en su víctima. La floreciente industria del mindfulness reduce la espiritualidad hasta convertirla en una técnica para aumentar el rendimiento y la eficiencia, una técnica para la autooptimización o para la reducción del estrés. Estamos aquí ante un *consumo espiritual*. La atención se somete al autocuidado y a la autogestión neoliberal. Una vez más, todo gira fundamentalmente en torno al ego. Se silencia la *atención social* en cuanto *atención al otro*.

El capitalismo lo somete todo al consumo y a la producción. Acapara incluso la espiritualidad. La religión y el capitalismo vuelven a entablar una estrecha relación entre sí, como ocurrió antaño con el protestantismo, que se puso al servicio del capital, haciendo que la salvación dependiera de aspectos económicos. El éxito en la adquisición de capital es lo único que proporciona la *certitudo salutis*, es decir, la certeza de que se escapará a la condenación, esto es, de que se forma parte del grupo de los elegidos. El mindfulness es la espiritualidad del régimen neoliberal. Pone la espiritualidad a entera disposición de la producción y del rendimiento. De ese modo, excluye por completo la posibilidad de *espiritualizar la tarea futura, el trabajo en sí*.